

Ni Juan, ni Juana, sino guagua de pan

POR LYDIA INÉS MUÑOZ CORDERO
FOTOGRAFÍAS DE ARMANDO MORA



Esas pequeñas figuras elaboradas manualmente con masa de pan, iconos femeninos o animales que se reparten en el corregimiento de Obonuco y en la vereda de Jongovito, en Nariño, al sur de Colombia, en junio con motivo de las fiestas de San Pedro y San Pablo y los 1 de noviembre para celebrar el Día de Difuntos, o en Males, también en Nariño, y en Almaguer, en el Cauca, por rituales de compadrazgo, o en el Putumayo durante el Carnaval, exponen una profunda y vieja historia que se remite a la época prehispánica.

En el marco de antiguos ritos agrícolas en los Andes, que quizá se realizaban durante el solsticio de verano, se acudía a la ofrenda a la Tierra de pequeños “votos” o figurinas en cerámica o modeladas en harina de maíz, que se enterraban en actos propiciatorios con el fin de obtener abundantes cosechas y frutos. El icono femenino, unido al símbolo de la fertilidad y de la vida, se transmite o mimetiza en culturas andinas como la aymará, donde muñecas de trapo, con patas de gallina, que cargan guaguas¹ tejidas, son enterradas para favorecer la fertilidad y la bienaventuranza en sembrados, chacras y viviendas familiares. La proyección de la imagen femenina equivale a la del “don”, virtud o bendición en el intercambio o entrega del objeto que lo representa. Esa es su esencia. De ahí que se espere el gesto de reciprocidad para que el principio cumpla su ciclo, en función de la multiplicación de los bienes.

En Males —hoy Córdoba— el compadrazgo como institución social, que establece parentesco

artificial y cohesión, era de “mucho respeto y de gran honor” y facilitaba la ayuda mutua entre familiares y amigos. “No solamente se hacían compadres con niños, sino también a través del intercambio de muñecas de pan. Los padres del niño o los dueños de la muñeca llevaban al compadre a degustar grandes viandas, bandejas de pan, rosquetes, dulces de maíz, empanadillas, afianzando de esta manera buenas relaciones”.² Es muy interesante observar las variantes que supone la tradición popular de las guaguas de pan, con el marco amplio de las representaciones y simulaciones simbólicas en las distintas culturas. En Almaguer, Cauca, el padre Luis Alfonso Muñoz López cuenta que doña Dorotea Gaviria, hija de un capitán español, hizo “madrina” en los tiempos coloniales a nadie menos que a la propia reina de España, a quien tuvo a bien enviarle “como regalo un icono de oro (guagua), hecho nada extraño si se tiene en cuenta su adhesión hacia la persona real”.³ En cuanto al “bautizo de la guagua de pan”, “se mandaba hacer la guagua de pan a Almaguer y se la traía y se bautizaba”.⁴ Al ser preguntados los “padres” sobre el “nombre” del niño, se contestaba de forma contundente: “El niño no se llama: Juan ni Juana, sino Guagua de Pan”.⁵ Las relaciones creadas mediante este parentesco “mágico” eran operantes: los compadres debían respetarse “como si fuera de verdad”, y la costumbre trascendió en el tiempo: “una señora de Rosapamba, pues tiene compadres, en lo caliente. Después se comían la guagua, entre los compañeros”.⁶

Lydia Inés Muñoz Cordero
Escritora,
catedrática,
presidenta de la Academia de Historia de Pasto, autora de varias obras de literatura, cultura popular e historia.



En el marco de antiguos ritos agrícolas en los Andes, se acudía a la ofrenda a la Tierra de pequeños "votos"

En la Calusturinda o "fiesta bonita", carnaval indígena del Putumayo, existe la tradición de intercambiar como "don" la "guagua-comadre". Quien la entrega escoge al padrino o madrina y éstos, al recibirla, se comprometen a "cargar al niño de aquella" en el plazo de un año. Las figurinas de carnaval no son necesariamente de formato femenino, pues pueden tener formas de animales, como caballitos o aves. En Obonuco y Jongovito, con motivo de las fiestas de San Pedro y San Pablo, a finales del mes de junio, durante el solsticio de verano tardío, se celebran comparsas en torno a los santos patronos, y el icono central lo constituye el "castillo" o "voto", conformado por guaguas de pan, de exquisita presentación femenina y barroca, propia de

las representaciones culturales andinas. Estas fiestas congregan a los lugareños y a los pastusos, que las disfrutan plenamente. La "guagua" sirve para conformar el "castillo", el banquete, la canasta o altar de ofrendas para los difuntos, en un ejercicio pintoresco del culto a la muerte, en contraste armonioso con la fertilidad, la vida y la muerte. En Ecuador y en México también aparece la tradición de "guaguas de ánimas o pan de ánimas" o "guaguas, pan de difuntitos", respectivamente, y se conmemora el 2 de noviembre de cada año.

En la celebración de "belenes" en honor al Divino Niño Jesús, se construye el escenario sincrético donde se producen procesiones y una liturgia propia de la temporada decembrina, en la cual cabe



la organización de "castillos", "varas" o "votos", donde los fiesteros disponen las ofrendas como en un altar móvil o ambulante. En Túquerres, Nariño, en Colombia, la tradición oral recuerda que antaño era don Diógenes, quien vivía en la subida de Ipiales, el encargado de preparar la mesa o altar al Niño Jesús, en la casa de doña Ramona Sánchez, donde se realizaban los belenes, y quien debía componer las varas de alimentos, donde se colocaban cuyes, frutos de tierra y guaguas de pan "bien figuraditas con delantal",⁷

que se regalaban a las niñas, y con "forma de borregos", que se daban a los niños.⁸ En la misma localidad se recuerda que un personaje apodado 'José Gallina', el fiestero de Belén de San Antonio, quien en la composición de la vara "colocaba sobre un aventador quesillos grandes, dulce, una buenas guaguas de pan, cuyes, borregos".⁹ A los acompañantes les brindaban café y empanadas. La procesión con la imagen del Niño Jesús y las varas se hacía en medio del festejo popular y la música de cuerdas.



Las relaciones creadas mediante el parentesco con las guaguas de pan, eran operantes: los compadres debían respetarse "como si fuera de verdad",



En Túquerres, como en otras regiones andinas, los rituales agrarios que se producen en torno a la madre Tierra, con la advocación intrínseca de propiciar la multiplicación de sus frutos, se sostiene en el gesto máximo del intercambio, el don y la reciprocidad

En Túquerres, como en otras regiones andinas, los rituales agrarios que se producen en torno a la madre Tierra, con la advocación intrínseca de propiciar la multiplicación de sus frutos, se sostiene en el gesto máximo del intercambio, el don y la reciprocidad. Así, si en los belenes se recibe una o más guaguas de pan o cuyes, al año siguiente debe “devolverse” duplicada la cantidad recibida para cumplir de tal manera con el principio de la multiplicación de los dones. Con motivo del “pase del Niño”, en la provincia de Azuay, en Ecuador, se pone de relieve que el 24 de diciembre de cada año debe cumplirse el ciclo ritual que rememora antiguos cultos solares y debe inscribirse necesariamente en las ceremonias de “pasaje”, características de la cultura desarrollada entre valles y montañas.

Susana González comenta al respecto que el gesto cultural en Azuay supone distintas fases, como “la velación, la misa, invitaciones a participar en el pase, contratación y pago de globos, cohetes, castillos y bandas de música”.¹⁰ Antiguamente se colocaban en los castillos frutos de la tierra, cuyes y guaguas de pan, entre otras cosas. En la actualidad, desvirtuando el

origen, se exponen utensilios de cocina, ollas, sartenes, cucharas, platos, enlatados, frutas naturales y artificiales, además de botellas de licor. Los únicos elementos tradicionales que sobreviven en medio de ese “castillo” propio de los “pases del Niño viajero”, para el caso referido en el Ecuador —situación que se repite en la población de Sapuyes, en Nariño— son los “cuyes asados” y las “guaguas de pan”. Para la gente de Azuay, una enorme guagua de pan zoomorfa, que representa “águilas bicéfalas”, es la que preside el castillo como una paradoja simbólica en su presentación sincrética, por cuanto el material en sí y la forma que encierra remite su origen a la cultura indígena, pero el diseño corresponde a la heráldica hispánica.

En los altares domésticos, en eventos previos a la bendición de los alimentos y del “pase del Niño viajero” en el Azuay, dice Susana González que es en la sala de la casa donde “se halla íntegramente adornada con grades panes de formas diferentes como gallinas, caballos, guaguas, águilas bicéfalas, etc., recostados en la pared o sobre mesas y cajones de cómodas desde el piso al tumbado”.¹¹ Además de los panes, se adorna o

compone con dulces.

Al efectuarse la bendición de estos alimentos, el vicario se refiere al Niño Dios como “flor de dulzura, flor de confitería”,¹² para después proceder a la repartición de esos bienes. Asisten los invitados y comparsas de disfrazados, que alegran el encuentro comunitario. Y concluye la misma autora:

“El pan constituye uno de los productos alimenticios de mayor importancia dentro del paso, por la abundancia con que se presenta en los caballos de los mayores y carros alegóricos y la función social cumplida al ser repartido entre los participantes durante el paso o procesión y en la celebración posterior. Las figuras de pan son confeccionadas desde el mes de noviembre hasta los carnavales por las panaderas de algunos barrios de la ciudad, especialmente de El Vado y Todos los Santos. Debido a que su preparación es bastante laboriosa, buscan siempre sus ayudantes, aunque personalmente son las únicas que pueden hacer las distintas figuras de pan y dar los últimos retoques. Hay figuras de pan antropomorfas, llamadas “guaguas de pan”; zoomorfas, que representan caballos, chanchos, perros, elefantes, leones, tigres, osos, vacas, venados; ornitomorfas: gallinas, águilas, palomas, pájaros, cóndores y águilas bicéfalas”.¹³

La extensión de la práctica cultural ofrendatoria de las guaguas de pan en diversos escenarios o celebraciones va desde “bautizos artificiales” hasta carnavales, día de difuntos, fiestas patronales de San Pedro y San Pablo, altares domésticos y bele-

nes de diciembre. Su dimensión iconográfica remite al potlach, que constituye el ritual propio de la cultura indígena de la costa norteamericana del Pacífico, donde la ofrenda “se concede o distribuye con largueza, a fin de adquirir o mantener un determinado estatus social”.¹⁴ Obien se podría interpretar en la prevalencia del sentimiento ancestral del “don”, como bien que se entrega o se devuelve a la madre Tierra para que fructifique o a los seres humanos para que aprendan a “recibir y a devolver con creces” y así preservar y multiplicar el ciclo de la vida. 🌸

NOTAS

¹ Guagua: icono de oro en idioma quichua.

² Arcos, Byron.

³ Se cita a Arcesio Guzmán (1922), en Luis Alfonso Muñoz López, *La historia y su folclor 450 años. 1551 2001*, Almaguer, pág. 20.

* El bautizo de la guagua de pan, era visto como “un sacrilegio”.

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

⁶ Ibid.

⁷ Entrevista realizada en Pasto el 17 de mayo de 2002 a doña Zoilita Molina Cordero de Mera y a don Gabriel Mera (70 años de edad), nativos de Túquerres.

⁸ Ibid.

⁹ Ibid.

¹⁰ González, Susana, *El pase del Niño*, Universidad de Cuenca, CIDAP y otros, Cuenca, Ecuador, 1981, pág. 44.

¹¹ Ibid, pág. 51.

¹² Ibid, pág. 51.

¹³ Ibid, págs. 80-81.

¹⁴ Ibid, pág. 80.

